

Revista Científica RUNAE
N° 01, abril 2017, pp.67-82
ISSN 2550-6846 Impreso
ISSN 2550-6854 Digital

Fecha de recepción: 10-12-2016, Fecha de resultado: 20-12-2016



Reflexión sobre el patrimonio cultural, la educación y las identidades

REFLECTION ON CULTURAL HERITAGE, EDUCATION AND IDENTITIES

Joan Santacana PhD¹

joansantacana@gmail.com

Universidad de Barcelona

¹ Actualmente, es profesor titular de la Universidad de Barcelona. Como arqueólogo, sus investigaciones se han centrado en la protohistoria peninsular. Especialista en el campo del patrimonio, es uno de los impulsores de la museografía didáctica en España y es autor de importantes proyectos en museos y yacimientos arqueológicos.

RESUMEN

La herencia cultural es un elemento fundamental de nuestra identidad. Una parte de esta herencia es inmaterial; constituye el elemento más importante de la diversidad cultural. Este artículo es una reflexión sobre el valor del patrimonio inmaterial, de la diversidad cultural y del poder de la Historia sobre todos nosotros.

Palabras clave: Patrimonio cultural, patrimonio inmaterial, educación, identidad, historia.

SUMMARY

Cultural heritage is a fundamental element of our identity. Part of this inheritance is immaterial; constitutes the most important element of cultural diversity. This article is a reflection on the value of intangible heritage, cultural diversity and the power of History over all of us.

Key words: Cultural heritage, intangible heritage, education, identity, history.

INTRODUCCIÓN

Habitualmente el concepto de “patrimonio”, en el campo de la cultura, se aplica a bienes materiales que se heredan o se crean en el seno de una colectividad o grupo humano. En este artículo pretendemos reflexionar sobre su valor y sobre el papel que juega la diversidad cultural; partimos del supuesto que todo objeto material tiene el valor que le confiere su inmaterialidad y que la diversidad en sí misma ya es un valor. Los argumentos son lo que a continuación desarrollamos.

LOS OBJETOS Y NOSOTROS

Vivimos rodeados de objetos; nuestra vida y nuestras casas están llenas de objetos de todo tipo. Los objetos que nos rodean permiten entrever nuestra personalidad. Fue Umberto Eco (1974), quien dijo que, cuando por la mañana nos vestimos y, por ejemplo, nos anudamos una corbata, sabemos perfectamente qué mensaje vamos a transmitir el resto del día. Y es que los objetos que nos rodean transmiten continuamente mensajes.

El objeto es algo material, que en su momento fue adquirido o llegó a nuestras manos por un motivo importante o banal. Pero hubo un motivo. Sin embargo, muchos de estos objetos, cuando nos sobreviven –porque los objetos nos sobreviven a menudo– pueden acumular significados distintos. (Santacana y Llonch, 2012).

En todo caso, los objetos que nos rodean en nuestra casa, nos definen. Como también nos definen los objetos que destruimos. Hay objetos que fueron importantes para nuestra vida y sin embargo los eliminamos porque nuestra vida ha cambiado y ya no los necesitamos; nuestra percepción hacia los objetos cambia con el tiempo.

LOS OBJETOS Y SU VALOR

Los objetos forman parte de nuestro patrimonio porque hay objetos que tienen valor material; otros simplemente tienen para nosotros un valor estético; otros los valoramos porque tienen mucho trabajo incorporado; otros forman parte del recuerdo y del sentimiento y su valor no es material ni artístico. Y es que un objeto puede tener valores por razones muy diversas.

Sin embargo, lo que realmente proporciona valor a un objeto no siempre es un componente estrictamente material; frecuentemente –y nos atreveríamos a decir que en la mayoría de los casos– lo más importante de un objeto reside en su inmaterialidad, es decir, en su significado. Los objetos que nos rodean, al igual que los vestidos que nos ponemos cada mañana, descansan sobre un conjunto de códigos y convenciones normalmente muy sólidos e intocables, defendidos por un sistema de sanciones e incentivos que nos obligan a comportarnos de una determinada manera con respecto a ellos (Eco, 1974). Por ello son significativos.

LOS OBJETOS Y LA COLECTIVIDAD

Lo que ocurre en nuestra escala personal, familiar, ocurre también a escala colectiva. Hay cosas que forman parte del patrimonio de una colectividad porque la representan, acumulan significados. Las copas ganadas por un equipo de fútbol forman parte del patrimonio de una amplia colectividad y mientras esta colectividad tenga sentido y exista, serán valiosas; sin embargo, si el equipo se disolviera y desapareciera, estas copas dejarían de tener valor simbólico y sólo tendrían valor material.

Los museos están llenos de objetos: ¿qué valor tienen los objetos de los museos? Tienen el valor que la comunidad les otorga. Para que la comunidad les otorgue valor, han de ser significativos para la mayoría de sus miembros. Por ello, han de conservar la memoria histórica. Y la significación puede cambiar; muchos objetos fueron construidos para una finalidad y hoy ya no sirven para la finalidad que fueron construidos porque han adoptado otro significado (Alois, 2007).

TRES IDEAS EN TORNO A LOS OBJETOS

En resumen pues, tres ideas sobresalen de todo lo dicho: La primera es que los objetos que conservamos nos definen. La segunda es que el principal valor de un objeto reside en su significado, es inmaterial. De ello se deduce que cuando un objeto pierde su significado, no se suele conservar. Finalmente, la tercera idea es que los objetos que nos rodean nos singularizan y nos ayudan a construir nuestra identidad.

UN PAÍS SE DEFINE SEGÚN EL PATRIMONIO QUE CONSERVA

Analicemos las consecuencias de estas tres ideas. De la **primera** se deduce que un país también se define por el patrimonio que conserva; no todos conservan el mismo patrimonio; hay países que hacen gala de lo que ellos aportaron a la historia de la humanidad, los inventos, las patentes, los ingenios y las ideas que sembraron. Es el caso de la *Smithsonian Institution* en Washington. Los museos del Mall de la capital federal son el escaparate del pueblo norteamericano; es la materialización de lo que ellos han aportado al Mundo. Porque este patrimonio constituye su cemento, lo que les cohesiona. Se sienten orgullosos como colectividad, como nación. Pero, ¿y si la mayoría de norteamericanos llegara un día que desconocieran sus aportaciones al mundo? La educación es fundamental para conferir valor a los objetos; sin educación los objetos dejan de tener valor. Dejen de enseñar historia, hagan desaparecer el arte de sus planes educativos, dejen morir sus museos bajo capas de polvo y dejen derrumbar sus monumentos y ustedes desaparecerán como colectivo, como nación.

EL VALOR DE LO INMATERIAL

La **segunda** idea es que el principal valor de un objeto reside en su significado, es inmaterial (Santacana y Llonch, 2012). Es la inmaterialidad lo importante. Eso nos conduce a plantear la importancia del patrimonio inmaterial de los pueblos. Entonces, ¿qué es lo inmaterial?... Las emociones, los sentimientos, las sensaciones, las abstracciones de la mente y, por supuesto, las ideas y el pensamiento son elementos inmateriales. No obstante, la palabra inmaterial es un adjetivo y por lo tanto suele ir detrás de un nombre; cuando hablamos de *patrimonio inmaterial* nos estamos refiriendo a una cualidad de determinada herencia que no se materializa en nada tangible; sin embargo lo inmaterial puede reflejarse, visualizarse a veces a través de sus efectos; la alegría o la tristeza, por ejemplo son sentimientos y como tales no están formados por nada material; sin embargo nuestro sentimiento de alegría se refleja en nuestro rostro, en nuestra mirada de la misma forma que se refleja la tristeza o se manifiesta el amor o el dolor. Por todo ello resulta evidente que lo inmaterial puede tener manifestaciones visibles y, a veces, tangibles. Puede ilustrarse esta idea mediante el puente inca de Q'eswachaka, sobre el río Cuzco. Se trata de una obra cuya tradición se remonta a más de medio milenio y constituye un auténtico prodigio de sabiduría ancestral; su construcción requiere una acumulación de saberes que pocas comunidades hoy poseen en el mundo. Se trata de una obra realizada en fibras vegetales (ichu) y cruza el río Apurímac; en realidad es una obra que realizaban los incas desde mucho antes de la conquista española del Perú y durante más de quinientos años, los *winch'iri* han ido manteniendo la estructura del mismo y lo han utilizado para cruzar la profunda garganta del río. Desde entonces, cada segundo domingo de junio, se reúnen para el "minka", es decir el ritual de renovación del puente. Dura cuatro días durante los cuales se desarmen las estructuras vegetales del puente viejo, mientras las mujeres tejen las cuerdas del nuevo y se procede a la sustitución de las mismas. El último día hay una fiesta de celebración. Todo el trabajo se realiza de manera comunal, de forma muy ordenada y jerarquizada y el resultado de esta fiesta-ritual es el nuevo puente "renacido". El resultado es sin duda alguna una obra material, un puente colgante elaborado mediante determinadas fibras vegetales; sin embargo, cabe preguntarnos: ¿dónde reside el valor de este puente? Ciertamente, no reside en las fibras o materiales utilizados, ni tan siquiera en su actual utilidad. Su valor reside en el hecho de que durante siglos ellos han mantenido el puente, han acumulado unos conocimientos técnicos y una organización comunal. Este es su auténtico valor. Por lo tanto, el valor del puente reside en la existencia de una tradición prácticamente única en el mundo, que sintetiza una forma de

organizarse, una tenacidad secular, una fe en ellos mismos como comunidad y por supuesto, una tradición tecnológica ancestral pero eficaz. Todo ello se manifiesta en la fiesta de junio y en el puente, que es una estructura material. El puente es tangible y material pero lo importante es lo inmaterial que esconde este puente de Q'ewwachaka, su cultura inmaterial.

LA CULTURA Y SU DIVERSIDAD

Así pues, al igual que los *winch'iri*, cada grupo humano tiene respuestas distintas ante problemas parecidos, establece su sistema de valores y de acuerdo con ellos diseña normas, crea estructuras sociales y construye herramientas, objetos, transforma el medio, etc. A todo este complejo le llamamos cultura y su gran diversidad desafía todo intento de sistematización simplista y, sin embargo, constituye el armazón central de la Historia. Por ello yo plantearé hoy aquí, la importancia del patrimonio cultural, tanto el material como el inmaterial, de la Historia. Este patrimonio es lo que nos singulariza, lo que nos proporciona identidad y, en definitiva, es lo que nos hace diversos como colectividad. Y voy a empezar precisamente por su diversidad.

LA MALDICIÓN DE LA DIVERSIDAD CULTURAL

En el libro del Génesis se narra una extraña historia de la cual arranca el descrédito de la diversidad. Explica el texto bíblico que hubo un tiempo en el cual “todo el mundo hablaba una misma lengua e idénticas palabras [...] entonces los humanos se dijeron unos a los otros:

‘Ea, vamos a fabricar una ciudad y una torre que llegue hasta los cielos [...]’ Bajó Yahveh a ver la ciudad y la torre que edificaban los humanos, y dijo Yahveh: ‘He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje y este es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. Ea, pues, bajemos y una vez allí confundiremos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual el de su prójimo.’ Y desde aquel punto los desperdigó Yahveh por toda la faz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por eso la torre y la ciudad se llamaron Babel, que significa “embrollo”, porque allí embrolló Yahveh el lenguaje de todo el mundo, y desde allí los desperdigó Yahveh por toda la faz de la Tierra Génesis(11: 1-9).

El sentido del relato es claro: hubo un tiempo idílico en el cual todos los humanos hablaban igual, pero con una gran soberbia quisieron construir una torre para alcanzar el cielo, de modo que Dios no los pudiera castigar con otro diluvio sobre la Tierra. Pero Dios lo impidió confundiendo sus lenguas, es decir, haciéndolos diversos. Desde entonces, como no pueden entenderse entre sí, tampoco pueden volver a desafiar a Dios. La diversidad humana es, pues, el resultado de un pecado de orgullo, es un castigo. Por esto mismo, la diversidad quedó condenada para siempre: somos diversos porque quisimos desafiar a Dios. Y la cultura cristiana, derivada de los textos bíblicos, vivió durante siglos predicando este descrédito de la diversidad.

Por consiguiente, del relato bíblico se desprende también la lección que la diversidad es un obstáculo para el avance de la Humanidad. La diversidad va a enfrentar a unos humanos contra los otros: “dejaron de edificar la ciudad”, es decir, “los desperdigó por toda la faz de la Tierra”. Por ello, la tarea de los humanos desde entonces es alcanzar un modelo cultural único y si ello no fuera posible, hay que imponerlo. La idea de que todos los humanos seamos iguales, hablemos la misma lengua y practiquemos las mismas costumbres llegó a ser un ideal a alcanzar para muchos gobernantes del Mundo. Naturalmente, estas tendencias igualitarias partían del supuesto que “nosotros” somos el modelo, es decir, todos han de adaptarse a “nuestra” cultura, porque la nuestra es la “civilizada”. Para que esto fuera posible había que clasificar a los pueblos en función de su “grado de cultura” y, por lo tanto, en una geografía del primer tercio del siglo XX se decía que:

Los pueblos, por su grado de cultura, se dividen en salvajes, bárbaros y civilizados. Los salvajes llevan vida errante y viven de los productos naturales; sus costumbres son sanguinarias y están sujetos al despotismo de un jefe. Los bárbaros viven en sociedad gobernándose por leyes muy imperfectas y se dedican al pastoreo y al pillaje. Los civilizados son de carácter sedentario y al amparo de leyes justas y dedicadas al trabajo y al estudio, viven progresando en todos los ramos (Paluzie y Paluzie, 1930, p. 47).

Es este pensamiento, profundamente racista, que dominó durante una buena parte de los dos últimos siglos y en parte sigue vigente, el que preconizaba el dominio de una cultura por encima de todas las demás. Bajo esta idea subyacía evidentemente un pensamiento colonialista y unidireccional que justificaba cualquier barbaridad en nombre de este futuro idílico en el cual los civilizados impondrían leyes justas. La eclosión de las doctrinas raciales llegó con el nazismo;

fue Hitler quien en sus conversaciones privadas planteaba la necesidad de homogeneizar Europa bajo la batuta alemana; todo aquello que fuera diferente era necesario borrarlo de la faz del continente. Así, cuando hablaba de los pueblos del este de Europa afirmaba que:

No nos instalaremos en las ciudades rusas, asistiremos, sin intervenir a su extinción. Y, sobre todo, ¡nada de remordimientos! No vamos a jugar a niñeras, no tenemos rigurosamente ninguna obligación hacia esa gente. Luchar contra chamizos, perseguir pulgas, dar maestros alemanes, publicar periódicos, ¡son demasiado poco para nosotros! Podemos limitarnos a instalarles un puesto de radio que controlaremos. Por lo demás, ¡que sepan lo justo para comprender nuestro código de la circulación, para evitar que se echen debajo de nuestros coches! (Trevor-Roper, H. R., 2004, pp. 54-55).

EL VALOR DE LA DIVERSIDAD

Frente a este pensamiento que se basa en la voluntad de imponer un modelo cultural único, se levantan las fuerzas de la diversidad. La diversidad siempre renace con fuerza después de cada intento de ponerle uniforme a la cultura humana (ver Lévi-Strauss, 2012, pp. 49-50).

Todo se basa en la suposición que “nuestra cultura” es modélica y, en el fondo, es superior. Y sin embargo, a esto que llamamos “nuestra cultura” es difícil atribuirle a todos sus componentes un mismo origen: en realidad, los elementos de nuestra cultura parecen proceder de muchos otros elementos culturales metidos en un gran túrmix. Yo me levanto cada mañana de una cama cuya idea nació quizás en el actual Irak; voy a un baño que idearon cerca de Versalles en el siglo XVIII; me tomo un café que domesticaron en Arabia hace miles de años; le añado leche que es el resultado de la domesticación de animales iniciada en la costa actual sirio-palestina; como un *croissant* que crearon los pasteleros de Viena en el siglo XVII para conmemorar la victoria sobre el asedio de la Media Luna otomana; tomo un metro que inventaron los ingenieros británicos hace más de un siglo, hablo una lengua que deriva de la del Lacio, en la actual Italia; rezo a un Dios que es judío; cocino y degusto una paella cuyo arroz se domesticó en China y se adaptó en Nápoles; voy al cine que inventó un francés y como palomitas de maíz cuya planta domesticaron en los altiplanos de América central, conduzco un coche que se ideó entre París y Múnich, pero que se construyó en Japón; visto un traje con fibras de algodón que quizás se domesticaron en la India hace cinco mil años, y que tejen hoy niñas y niños

paquistaníes, pero cuyo modelo se diseñó en Turín; utilizo un ordenador que fue inventado en la costa Atlántica de Estados Unidos y producido en Taiwan, y a todo esto le llamo “mi cultura”. Además, si pretendiera defender la idea que la cultura occidental procede sobre todo de la antigua Grecia y del mundo clásico, debería reconocer que los griegos bebieron de los egipcios, los romanos de los griegos, de los púnicos, de los germanos y de los egipcios, etc.

Entonces, cabe preguntarnos, ¿qué es lo que constituye mi cultura?, ¿dónde reside mi identidad? La palabra cultura aparece en el romanticismo alemán que la utilizó para designar “el espíritu” de un pueblo. Ello implicaba la creencia de que los pueblos tienen *alma colectiva*, una idiosincrasia distinta como consecuencia de su historia. Ello presupone un concepto cerrado, una cosmovisión casi absoluta... Lo cual implica eliminar las diferencias y está en la base de los nacionalismos esencialistas. Cuando Hitler se refería a la “cultura alemana” tenía *in mente* este concepto. Por ello le costaba justificar algunas etapas de la Historia, en especial aquellas en las cuales los pueblos germanos andaban envueltos en harapos y construían toscas vasijas de barro mientras los helenos levantaban el Partenón o los judíos ideaban un sistema religioso monoteísta avanzado. En este sentido se expresaba así refiriéndose a las excavaciones arqueológicas de los prehistóricos alemanes:

No me es posible olvidar que en la misma época en que nuestros mayores fabricaban esas pilas de piedra o esos cántaros de tierra cocida que extasían a nuestros arqueólogos, los griegos construían la Acrópolis (Trevor-Roper, H. R., 2004, pp. 54-55). IDEM.

Sin embargo, hay otro uso de la palabra cultura y se refiere al conglomerado de tecnologías materiales y conjuntos de símbolos, normas, leyes o costumbres, propias o prestadas, que en un momento determinado se presentan en un grupo humano. En el fondo ello se traduce en un sistema de códigos que permiten relacionarnos.

CULTURA E IDENTIDAD

Ahora nos referiremos a la **tercera idea** inicial; la que plantea el problema de la identidad. ¿Cómo el patrimonio nos confiere identidad?... Cuando un grupo humano utiliza estrategias de visibilidad de estos conglomerados culturales, de forma más o menos consciente, para resaltar sus particularidades, con voluntad de diferenciarse de otros, expresa conciencia de identidad. Esa singularidad

puede ser la lengua, elementos del fenotipo tales como el color de la piel, rasgos de indumentaria, uniformes, símbolos, etc. En todo caso, hay identidades más o menos históricas y otras muy, muy nuevas... Se trata de rasgos culturales que se adoptan para diferenciarse grupalmente. No se trata sólo de disponer de elementos diferenciadores compartidos; se requiere una conciencia subjetiva. Por ello, en el marco de las grandes ciudades actuales las fronteras identitarias son inestables; se refuerzan o se diluyen de forma continua.

PROGRESO CULTURAL Y DIVERSIDAD

Por lo tanto, frente a las fuerzas uniformadoras de la cultura humana se yerguen otras fuerzas igualmente formidables que son las fuerzas de la diversidad que, aun cuando han sido estigmatizadas y desacreditadas, constituyen un poderoso estimulante de los pueblos que habitan La Tierra. Por ello, la diversidad cultural no sólo es posible sino, a juicio de algunos, es necesaria. Son muchos los que consideran que el progreso no es posible en el seno de una mono-cultura. Y es este tipo de pensamiento histórico el que defiende que el patrimonio material e inmaterial de los humanos es la demostración del valor de la diversidad.

El mundo globalizado, moderno, relativamente uniforme, tiene obviamente sus ventajas. Yo agradezco que todos los aeropuertos del mundo sean parecidos. Por esta misma razón, los que habitamos en él no añoramos cada mañana un idílico despertar en un lecho de paja, ni deseamos comer insectos, reptiles o carne de perro. Las mujeres educadas en el pensamiento occidental no sienten ningún deseo de que se instaure la poliginia, ni rechazan sistemáticamente el parto sin dolor. Tenemos razones lícitas abundantes para estos comportamientos: la vida nos parece más cómoda; la escolaridad obligatoria nos parece una oportunidad para nuestros hijos; la seguridad personal que ofrecen las sociedades occidentales es encomiable y fruto de muchos esfuerzos colectivos, como también lo son nuestros avanzados sistemas sanitarios. Para nosotros, habitantes de Europa o de América, de la parte "occidental" del mundo, la muerte de los bebés por parto o por enfermedades curables nos parece una tragedia evitable e injusta. Además, y esto es definitivo, nuestra esperanza de vida es mucho más larga que la de las demás sociedades que habitan el planeta y, además, nuestra calidad de vida es envidiable, dado que sabemos combatir eficazmente el dolor, combatir el frío y el calor, podemos escuchar música y obtener satisfacciones sin grandes esfuerzos, etc. Y todo esto es, sin duda alguna, bueno; y podemos estar orgullosos de ello. Pero debemos preguntarnos ahora, si toda esta cultura del confort se extiende: ¿amenazará a la diversidad cultural?; ¿es cierto?; ¿acabará nuestro mundo

convirtiéndonos en miembros de una misma cultura?; ¿seremos todos iguales, comiendo en McDonalds y vistiendo las mismas marcas de ropa?; ¿triumfará un solo modelo?; ¿es esto bueno y deseable?

Por lo tanto, ante este riesgo de pérdida de la diversidad, es necesario analizar el coste que en términos de cultura tendría esta sociedad global. Para ello yo les propongo plantearse la vida de los grupos esquimales *Inupiat* de la zona de Barrow, en Alaska. Ellos tienen una cultura milenaria que les permite vivir en el asentamiento más septentrional de Estados Unidos. Su vida tradicional se basa todavía hoy en la captura de ballenas. Sus expediciones de caza se inician en primavera, hacia el mes de mayo se preparan para ellas. Hoy viajan en motos de nieve; con ellas, desde Barrow, se adentran en el Océano Glaciar Ártico, a unos cinco kilómetros de la costa, aprovechando que está helado. Allí, quizás a una docena de metros de la costa helada, instalan sus tiendas de campaña; preparan sus barcas, sus arpones, su equipo de camuflaje formado por ropas blancas, y así ataviados, los *inupiat* se sientan silenciosamente, a -22 grados centígrados. Allí la luz es perpetua en esta época del año y esperarán a que aparezcan las ballenas. Cada primavera, cuando el océano se derrite, el hielo formando inmensos témpanos flota en el agua creando canales. Por allí han de pasar las ballenas que emigran desde Groenlandia hacia el Círculo Polar Ártico, en donde han de pasar el verano; han de salir a la superficie a buscar aire cada 30 o 45 minutos... Los *inupiat* observan el paso de las ballenas desde su posición; no se mueven, ya que están demasiado lejos para ello; hasta que al cabo de tres o cuatro días se presenta la ocasión: una o dos ballenas pueden ser arponeadas. Luego son arrastradas mediante una gran cordada en la que participan todos los miembros del grupo; tiran de ella fuertemente hasta tenerla encima del hielo, en donde empezará el proceso de descuartizamiento, de separar la carne de la grasa y aprovechar todos los elementos del gran cetáceo. La caza ha sido colectiva y puede que se repita dos o tres veces. La carne y la grasa serán repartidas entre todas las familias del grupo (Harris, 2007).

Este sistema cultural que hemos descrito está amenazado de muerte porque las ballenas se extinguen, víctimas de la caza comercial y, ellos mismos, como grupo se van reduciendo. Puede que no tarden mucho tiempo en desaparecer, sepultados precisamente por este mundo global. ¿Qué se perderá con su desaparición?... Ellos habitan una de las zonas más inhóspitas del planeta; saben sobrevivir en temperaturas en las cuales el resto de los humanos apenas aguantamos unos minutos; saben sacar provecho –alimentos, energía calorífica, prendas para su confort, construyen con hielo, están adaptados al blanco, etc.– de un entorno que

para el resto de los humanos es simplemente imposible. Su actividad principal sigue siendo la caza y la pesca y su cultura material se basa en las materias primas que renos, osos, focas y ballenas les proporcionan, desde sus gafas de sol hasta sus pieles. Habitan en pequeños asentamientos en donde, en invierno, se superan los 30 grados centígrados negativos; sus casas son de madera, con techos a dos vertientes. No son buenos comerciantes, ya que todo cuanto cazan o capturan es de todos; ellos no alcanzaron nunca a formar tribus y el concepto de nación les resulta aún hoy apenas concebible. En realidad se agrupan por familias y en invierno construyen cada grupo su “iglú”, que en lengua *inuit* significa “hogar”.

Se trata de una construcción muy ingeniosa; está hecha con bloques de nieve (¡no bloques de hielo!). Estos bloques se funden unos con otros y se hielan por el exterior formando una cubierta sólida. Como la nieve tiene burbujas de aire en su interior, actúa como un gran aislante del frío. Así, mientras que en el exterior puede haber una temperatura de -30 grados centígrados, en el interior del iglú está próxima a cero grados, que es una temperatura muy confortable para un *inuit*. Si la familia es muy numerosa se construyen varios iglús unidos entre sí. La parte que ellos habitan está por debajo del nivel del suelo, de modo que evitan las corrientes de aire: en el centro pueden colocar una estufa, alimentada mediante la grasa o aceite de la ballena.

¿Qué pasará cuando los *inuit* vayan desapareciendo absorbidos por la cultura dominante?... Cuando desaparezcan, esta cultura milenaria, que es una de las más sorprendentes adaptaciones a climas extremos, desaparecerá con ellos. Y la diversidad cultural del planeta habrá sufrido una importante mengua: nadie más podrá vivir en el Ártico como lo hicieron ellos. Naturalmente, nosotros, los de la cultura “occidental” dominante, podríamos vivir allí; pero necesitaremos continuos suministros del exterior, carburantes, queroseno, máquinas, casas prefabricadas, alimentos enlatados y un sinnúmero de elementos para cubrir nuestras necesidades; y además de todo ello, vivir en las soledades del Ártico nos parecerá una condena a perpetuidad. La pérdida de la diversidad supone, por tanto, la desaparición de una de las posibilidades de subsistir de nuestra especie en un medio tan extremo como el Polo Norte tradicional (véase Forde, 1965, pp 125-147).

El caso de los esquimales es parecido al de otras muchas culturas, adaptadas a medios muy diversos; podríamos hablar de la cultura de los *yukaghir*, pueblos cazadores de renos en la tundra siberiana, de los que tan sólo subsisten tres grupos, con una altísima tasa de mortalidad infantil y sin leyes que los protejan de la depredación de los grupos sedentarios.

Si de las zonas frías del norte descendemos hasta el desierto del Kalahari hallamos a otro pueblo cazador, los bosquimanos o *san*. En realidad, no son un solo grupo, sino un conjunto de pueblos con culturas similares; el nombre de bosquimanos deriva de los colonos afrikáners, que les denominaron así en alusión a “hombres del bosque”. Se hallan repartidos entre Botsuana, Namibia, República Sudafricana, Zambia y Zimbabue. Aun cuando ocupaban un extenso territorio del África Austral, fueron desplazados y arrinconados por otros grupos, en especial por los colonizadores holandeses, alemanes y británicos. Ellos saben hallar agua en lugares en donde cualquiera de nosotros moriría de sed. Saben hallar proteínas en insectos que nosotros nunca imaginaríamos comestibles... Cuando muera el último *san*, seremos inmensamente más pobres culturalmente.

LAS VENTAJAS DE LA DIVERSIDAD CULTURAL

Estas y otras muchas culturas en extinción disponen, sin embargo, de mecanismos, valores y soluciones de los cuales nosotros carecemos; lo primero que es preciso decir es que ellos suelen hacer frente con éxito al problema más frecuente de las sociedades occidentales que es el de la soledad. La soledad no suele ser un problema en estas sociedades tradicionales. La gente suele vivir toda la vida en el lugar en el que nació o muy cerca de él; por ello, siempre está rodeada de parientes y de sus amigos y congéneres de la infancia. Además, en estos grupos, nadie es un desconocido y aun cuando los hijos y los nietos en el momento que se aparean o casan se van, siempre están relativamente cerca y vuelven. La soledad no les afecta como afecta a nuestras sociedades occidentales. Tampoco les obsesiona la posesión de bienes materiales y están acostumbrados a compartir una gran parte de las cosas que tienen; el individualismo no suele ser un problema entre las sociedades tradicionales como tampoco lo es la inseguridad de las personas. Estas son algunas de las consideraciones que deberíamos plantearnos en la valoración global de la diversidad cultural.

Pero lo más importante que la historia nos enseña, es que esta diversidad del mundo de ayer y del de hoy es la que nos ha permitido sobrevivir a los cambios y a los tiempos, porque la diversidad implica reforzar la capacidad adaptativa. Porque somos diversos, tenemos capacidad de adaptarnos a todos los medios, desde el Ártico al Trópico, desde la selva al desierto, desde las minúsculas islas de la Polinesia a las llanuras centrales de los grandes continentes, desde las altas penillanuras y cordilleras a los valles más profundos. Es la capacidad adaptativa que nos proporciona la gran diversidad de culturas lo que nos ha permitido sobrevivir como especie. Y es esta diversidad cultural la fuente de la mayoría de descubrimientos e invenciones. Lo descubierto o inventado –la innovación cultural– puede ser un objeto, como el arado, la cuchara, el ordenador o bien una idea como el budismo, el cristianismo, la democracia o la poliandria. Muchas de las innovaciones que han cambiado al mundo fueron procesos casi inconscientes de un grupo humano; así, los troncos de árbol rodando por una pendiente pudieron haber dado origen a la rueda y un hogar en el cual se introdujera barro húmedo pudo dar lugar a la cerámica. En otras ocasiones, algunos descubrimientos e invenciones fueron el resultado de intentos deliberados de transformar algo, de mejorar alguna situación: la tecnología del automóvil no surgió por casualidad y es un continuo cambio introducido en la mecánica para perfeccionar lo que ya existe, de forma voluntaria y premeditada. Sea de una forma o de otra, todas las aportaciones que un grupo humano realiza en su seno suelen ser compartidas por otros grupos a medida que son buenas, eficaces y que se van conociendo. De esta forma pasan a formar parte del patrimonio común de la Humanidad. Cuanta más diversidad cultural hay, más aportaciones se realizan a este almacén enorme de la historia de la cultura humana. Así, pues, la diversidad es un motor de innovación continua; por esta razón es en las grandes aglomeraciones humanas, hoy en las grandes metrópolis, en donde surgen más ideas, más inventos, más novedades y, en definitiva, más innovación que entre los grupos humanos que se mantienen aislados.

UNA REFLEXIÓN SOBRE EL PODER DE LA HISTORIA A MODO DE CONCLUSIÓN

Un apunte final: largos años de docencia me han enseñado que la enseñanza de la Historia y del patrimonio cultural puede ser muy útil o extraordinariamente inútil. Hoy, cuando muchos de los poderes económicos, políticos e ideológicos de nuestras sociedades nos insisten que enseñar y aprender historia y ciencias sociales no es rentable y es muy costoso, yo estoy cada vez más convencido

que resultará más costoso no enseñarlas. Yo sé muy bien que existe una historia inútil, que ni sirve para nada; y que existen fórmulas para transformar el patrimonio cultural de los pueblos en meros entretenimientos turísticos; pero también sé que la Historia o el Patrimonio cultural, así, en mayúscula, son fundamentales para los humanos. Goethe, en su *Fausto*, traza el semblante de un hombre que para recuperar su juventud vendió su pasado y, desde entonces, de desmemoria en desmemoria le condujo a su destrucción. Borrarme el pasado y no sabré quién soy. Bien sabemos todos, que el conocimiento del pasado poco sirve para adivinar el futuro; esto es cierto, pero también es cierto que no hay nada en el presente que no se comprenda mejor si se conoce su pasado. Por esto, la Historia ejerce un poder impresionante sobre los pueblos y sobre los ciudadanos, un poder del que nadie puede librarse: nadie escapa al poder de la Historia y por ello se convierte en una herramienta de supervivencia. Por lo tanto, también hay una historia útil.

La historia se basa en una reflexión sobre el pasado, y el pasado existió, pero no existe. El pasado está almacenado en la memoria humana y de él han quedado restos materiales y relatos que son inmateriales. El pasado es algo invisible que opera sobre el presente, de forma continua. A veces parece que desaparece, pero luego rebrota en forma de conflicto. Nadie se libra del peso de su propia historia; ningún país puede sobrevivir si la olvida; ningún país puede permitirse el lujo de que sus ciudadanos desconozcan lo que ellos han aportado al patrimonio común de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Alois, R. (2007). *El culto moderno a los monumentos*, Madrid: Ed. La Balsa de la Medusa.
- Eco, U. y otros (1974). *Psicología del vestir*. Barcelona: Ed. Lumen.
- Harris, J. (2007). *The Whale Hunt*. Recuperado de: <http://www.thewhalehunt.org/statement.html>
- Forde, C. D. (1965). *Hábitat, economía y sociedad*. Barcelona: Ed. Oikos-tau.
- Lévi-Strauss, C. (2012). *Mito y significado*. Barcelona: Alianza Editorial.
- Paluzié, F. y Paluzié, E. (1930). *Geografía General*. Barcelona: Ed. Imprenta Elzeviriana.
- Santacana, J. y Llonch N. (2012). *Manual de didáctica del objeto en el museo*. España: Ed. TREA.
- Trevor-Roper, H. R. (2004). *Las conversaciones privadas de Hitler*. Barcelona: Ed. Crítica.